



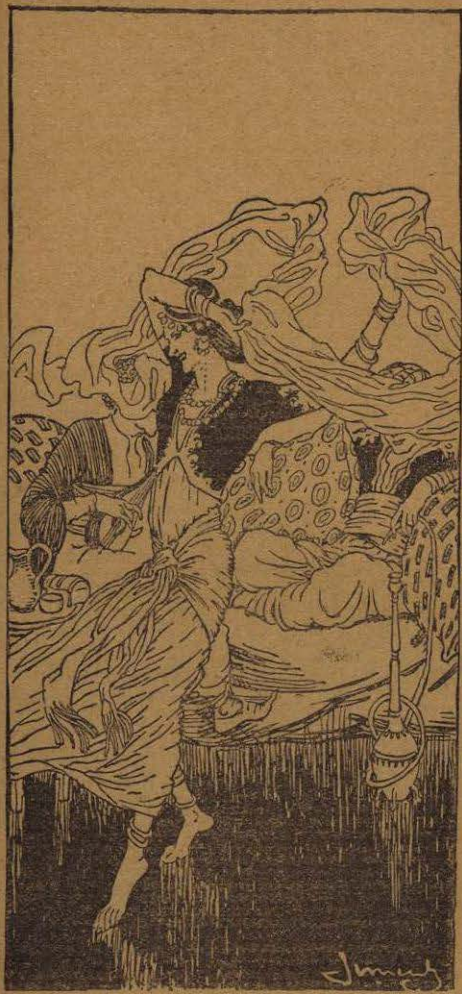
DESPUÉS de los funerales, Ali-Nur guardó el luto durante largo tiempo, y permaneció encerrado en su casa, rehusando la visita y compañía de las gentes, olvidando todo solaz y negándose á todo consuelo.

Pero un día, en ocasión en que permanecía sentado tristemente, oyó que alguien llamaba á la puerta; levantóse á abrir, y vió á un joven de su edad, hijo de un varón que fué antiguo camarada y comensal de su padre el visir.

Besó el joven la mano de Ali-Nur, y dijole:—¡Oh, señor! Revive todo ser en la generación que de él emana, y un varón como tú será forzosamente hijo esclarecido de un padre que lo fué. Precisa por lo tanto que

no te aflijas eternamente; no olvides las palabras del Señor de los Antiguos y los Presentes, nuestro Profeta Mahoma (¡sahumen su presencia el ruego y el sosiego de Aláh!) quien dijo: «Remedia tu alma y no vistas luto por la criatura».

Ali-Nur no pudo replicar, y resolvió en su interior poner fin á su aflicción, cuando menos exteriormente. Levantóse, fué á la sala de reuniones y ordenó que transportaran allí todos los menesteres de agasajo para recibir dignamente á cuantos le visitaran. Y desde entonces abrió las puertas de su casa y empezó á recibir á todos sus amigos, jóvenes y ancianos. Trabó principalmente amistad con diez jóvenes, hijos de los principales mercaderes de Basora. Y, en su compañía, empezó Ali-Nur á pasar las horas en goces y festines, sin momento de reposo; y favorecía á todo el mundo con regalos de gran valor, y á nadie recibía sin dar una fiesta en su homenaje. Y procedía constantemente con holgada prodigalidad, sin que hicieran mella en su



.. Empezó Ali-Nur á pasar las horas en goces y...

ánimo los oportunos consejos de Dulce-Amiga, hasta que un día su intendente, asustado por el sesgo que tomaban los negocios, fué en su busca y le dijo:

—¡Oh, señor mío! ¿Ignoras que el exceso de munificencia trae consigo fatales despeñamientos, y que los presentes repetidos agotan el más valioso caudal? ¿No sabes que el que regala sin contar perece en la mayor miseria? ¡Con cuánta verdad dice el poeta:

Yo conservo mi dinero
y en lingotes lo acumulo.
Es el dinero mi espada,
es el dinero mi escudo.

¿No sería una locura
enriquecer á enemigos
que me acosarían más
cuándo estuviesen más ricos?

¡Comerían, beberían
gozarían con mi oro
y no alcanzaría yo
ni la limosna de un óbolo!

Bien hago cuando el tesoro
oculto al alma perversa
que nunca se compadece
de la desventura ajena.

¡Mi dinero guardaré!
¡Ay del triste pordiosero,
que al poco tiempo es su alma
más vil que el alma de un perro!

Desdichado el miserable
sin recursos, aunque fuere
el más sabio entre los sabios,
como el sol, resplandeciente.

Alí-Nur, después de oír los versos que su intendente recitó, miróle con atención prolija, y habló de esta manera:

—Ninguna de tus palabras puede ejercer en mí la menor influencia. Sabe pues desde hoy en adelante, que mi decisión es esta: mientras tus cálculos te garanticen que me quedan aún recursos para el desayuno, no vengas á preocuparme con la duda de si podré comer. Anduvo acertadísimo el poeta que dijo:

Si un día me viese pobre
y abandonado ¿qué haría?
Privarme de todo goce,
no moverme de mi silla.

¿Que avaro por su avaricia
ensalzado fué jamás?
¿Qué pródigo ha muerto á causa
de su prodigalidad?

El intendente, al escuchar los versos recitados por Ali-Nur, no tuvo más remedio que retirarse, saludando respetuosamente á Ali-Nur y volviendo á sus quehaceres.

Desde aquel día Ali-Nur no pudo ya contener los ímpetus de su generosidad y su bondad de corazón, y entregaba cuanto tenía á sus amigos y aún á los extraños. Bastaba que uno de sus invitados le dijera: «—Tal objeto es muy agradable y recrea mis ojos», ó «—Hermosa propiedad es la tuya, señor» para que Ali-Nur inmediatamente respondiese: «—¡Voy á entregártela ahora mismo!» y ordenaba que le llevasen la pluma, el escritorio, el papel, y adjudicaba á su amigo el objeto deseado, marcando la donación con su sello.

Continuó Ali-Nur viviendo de esta suerte durante un año entero; por la mañana daba un banquete á sus amigos y por la tarde nuevamente celebraba una fiesta en su honor, y oíanse de continuo los instrumentos de música, y no cesaban de suspender los oídos y los ojos los mejores

cantantes y las bailarinas más reputadas.

Dulce-Amiga no gozaba de su antiguo prestigio, y quizá Ali-Nur la tenía en cierto olvido. Mas Dulce-Amiga consolábase con los versos y leyendo un sinnúmero de libros.

En una ocasión en que Ali-Nur había entrado en su estancia, díjole su esposa:

Cierto que las buenas obras nos llenan de regocijo.
¡Pero temamos el golpe misterioso del Destino!

La noche ha sido creada para el reposo y el sueño; la noche salva las almas; tú la derrochas, y temo que al amanecer, el daño te derribe por el suelo.

Apenas hubo concluido Dulce-Amiga la recitación de estos versos, oyéronse golpes repetidos en la puerta. Ali-Nur, saliendo de la presencia de su mujer, fué á abrir y encontróse con el intendente. Condujo Ali-Nur á su administrador á una habitación próxima á la sala de reuniones, donde estaban reunidos á la

sazón muchos de sus amigos más notorios, que casi nunca le abandonaban.

Y dijo Ali-Nur á su intendente:

—¿Qué pasa? Muy acongojado pareces.

—¡Oh, mi señor!—respondió el intendente—hémos llegados al riguroso trance que temí.

—¿Pues cómo es esto?—dijo Ali-Nur.

—Sabe, señor—añadió el intendente—que yo he concluído mi misión porque nada puedo ya administrar que te pertenezca. Y nada poses; y en propiedades ó en otros bienes cualesquiera, no puedes reunir ni un óbolo, ni la parte de un óbolo. Tráigote las libretas de tus gastos y las de tu capital.

Ante la decidida actitud de su intendente, limitóse Ali-Nur á bajar la cabeza diciendo:

—¡Sólo Alá es fuerte, sólo Alá es poderoso!

Uno de los amigos que estaban reunidos en la sala pudo oír esta conversación, é inmediatamente fué á narrársela á los demás, diciendo:

—¡Gran noticia! ¡Ali-Nur se ha quedado sin un óbolo!

En el mismo instante Ali-Nur penetró en la estancia con la faz deshecha y los ojos extraviados, como para comprobar lo dicho por su comensal.

Levantóse rápidamente uno de los invitados y volvióse hacia Ali-Nur y le dijo:

—Señor, iba á suplicarte que me permitieses retirarme, porque mi mujer va á dar á luz esta noche, y no puedo abandonarla. Ya comprendes que he de marchar á toda prisa.

Ali-Nur le dió su permiso. Pero no tardó en levantarse un segundo invitado, diciendo:

—Señor, es preciso que vaya ahora mismo á casa de mi hermano, que está celebrando solemnemente la circuncisión de su hijo.

Ali-Nur se lo permitió. Y cada invitado fué levantándose, como por turno, valiéndose de algún expediente para retirarse, de suerte que Ali-Nur acabó por hallarse enteramente solo en la habitación.

Llamó entonces á Dulce-Amiga y la dijo:

—Ignoras ¡oh Dulce-Amiga! la desazón que me hiere.

Y le contó lo ocurrido. Dulce-Amiga respondió:

—¡Oh Ali-Nur, señor mío! tiempo ha te induje á temer el peligro de lo que hoy nos pasa. Pero tú no hiciste caso de mis advertencias, y acabaste por recitarme estos versos, á modo de respuesta:

Si la fortuna traspasa
tus umbrales, goza de ella,
y convida á tus amigos,
pues es vana y pasajera.

Mas si vivir en tu casa
ha decidido, no temas;
no hay derroche que la aleje
ni avaricia que la tenga.

Callé cuando recitabas estos versos, y no quise responderte agudamente.

—Oh, Dulce Amiga—dijo Ali-Nur—bien sabes que no perdoné medio alguno para conciliarme el afecto de mis amigos, y que por ellos he dilapidado toda mi fortuna. No creo, pues, que en la desdicha me abandonen.

—¡Júrote por Alah—exclamó Dulce-Amiga—que no sacarás ayuda ni provecho de tus amigos!

—Voy ahora mismo á salir—insistió Ali-Nur—y á llamar á su puerta, y cada uno de ellos me dará generosamente alguna suma; de esta suerte podré reunir un capital que consagraré al comercio, y abandonaré para siempre el juego y los pasatiempos.

Y efectivamente se levantó, y encaminóse á la calle principal de Basora, porque todos sus amigos eran hombres notorios y vivían en la sudicha calle. Llamó á la primera puerta, y una negra fué á abrir la puerta, preguntando:

—¿Quién eres?

—Dí á tu amo—respondió el hijo del visir—que Ali-Nur está á la puerta de su casa, y le dice: «Tu servidor Ali-Nur te besa la mano, y aguarda el resultado de tu generosidad.»

La negra entró á avisar á su amo, y éste gritó:

—Vuélvete allá en seguida y dile que no estoy en casa.

Y pensó Ali-Nur en los senos de su corazón:

—Este es hijo de la laceria y el daño, pues se oculta de mí. Mas no todos mis amigos nacieron de tan fatal consorcio.

Fué á llamar á la puerta de un segundo amigo, é hizo llegar hasta él la fórmula sabida, pero el segundo amigo negóse también á recibirle. Entonces Ali-Nur recitó la estrofa siguiente:

Apenas llegué á la casa
resonaba su oquedad;
huían los moradores
porque temían quizás
que aguardase un testimonio
de su generosidad.

Y se dijo:

—¡Por Alah, es necesario que vaya á visitarles á todos, movido por la esperanza de que uno hallaré, cuando menos, que no se porte como estos pechos mancillados!

Mas no pudo hallar ni un solo amigo que le admitiese á su presencia ó le diese un pedazo de pan. Y quedó sin más fuerzas que las necesarias para recitar estos versos:

Es al árbol parecido
el varón de gran riqueza;
mientras conserva los frutos
todo el mundo le rodea.

Mas apenas han caído
los frutos en su sazón,
desparrámase la gente
buscando un árbol mejor.

Los nacidos de este siglo
del mismo mal enfermaron,
y ni al mejor encontré
preservado del contagio.

En vista del fin desastroso de sus tentativas, no tuvo Ali-Nur más remedio que comparecer ante Dulce-Amiga revelando en su cara las huellas de una tenaz preocupación.

—¡Por Alá! Ni uno de mis amigos quiso llegarse á mi presencia.

—¿No te dije, señor, que no te ayudarían en lo más mínimo? Aconsejote ahora que empieces á vender humildemente los muebles y objetos preciosos de la casa. Y gracias á este recurso podremos sortear durante algún tiempo nuestro infortunio.

Llevó á cabo Ali-Nur lo que le había aconsejado Dulce-Amiga, pero al cabo de algún tiempo quedó ven-

dido todo lo que se juzgó de algún valor.

Dulce-Amiga entonces, acercándose á Ali-Nur que estaba llorando, le dijo:

—¿Por qué lloras, señor? ¿No estoy todavía en tu poder? ¿No soy Dulce-Amiga, por tí reputada la más bella mujer que la Arabia encierra? Tómame y condúceme al mercado de las esclavas, y véndeme. ¿Olvidaste que tu padre me compró por diez mil dinares de oro? Yo espero que Alah te protegerá en la venta, y permitirá que alcance un precio aun más elevado que el de la primera vez. Y en cuanto al dolor de nuestra separación, bien sabes que si Alá ha escrito que volveremos á encontrarnos, su palabra se realizará.

—Dulce-Amiga,—contestó Ali-Nur,—jamás podré aceptar la idea de separarme de tí, aunque fuese por una hora.

—Tampoco yo lo hubiera querido—dijo Dulce-Amiga—pero necesidad es ley, y, como expresa el poeta:

No te arredre acción ninguna
si necesidad te obliga,
y que solo te detengan
frenos de la cortesía.

Nada conturbe tus horas,
sino algún lance muy grave;
¡y por más que el hombre diga
son muy raros estos lances!

Ali-Nur al oír estos versos abrazó á su Dulce-Amiga, la besó en los cabellos, y con las mejillas inundadas en llanto recitó los siguientes versos:

¡Detente! que yo en tus ojos
una mirada sorprenda,
y ella me aliente en mis pasos
y me consuele en la ausencia.
Si mi ruego te parece
locura de enamorado
¡aparta de mí los ojos,
muera yo del desengaño!

Dulce-Amiga dirigió la palabra á su esposo Ali-Nur, y valióse de tan dulces vocablos que al fin le decidió á adoptar la resolución por ella propuesta; Ali-Nur, hijo de Fadleddin ben-Kacan, según Dulce-Amiga, no podía caer en una miseria indigna de él.

Salió, pues, Ali-Nur en compañía

de Dulce-Amiga y llevóla al mercado de esclavas, y al dar con el agente más reputado, le dijo:

—Es preciso, oh agente, que sepas el valor de la que vas á pregonar en el mercado. No te equivoques; anda con tiento extremado.

—¡Alí-Nur, mi señor—respondió el agente—soy tu esclavo, y conozco mis deberes y la mucha consideración con que estoy obligado á tratarte.

Alí-Nur entró con Dulce-Amiga y el agente en una estancia, y levantó el velo que cubría la faz de Dulce-Amiga.

—¡Por Alah!—exclamó al verla el agente—esta es Dulce-Amiga, la esclava que vendí al difunto Fad-leddin, nuestro visir, por diez mil dinares de oro, hará un par de años.

—Ella es—respondió Alí-Nur.

— Señor — dijo el agente — toda criatura lleva su destino como pendiente del cuello, y no puede sustraerse á él. Júrote que voy á consagrar toda mi sabiduría á alcanzar una rica venta y procuraré obtener el precio más alto del mercado.

Corrió el agente al paraje donde solían reunirse los mercaderes; aguardó que estuviesen todos allí, de regreso de las compras que efectuaban de mujeres de todos los países, para acumularlas en un lugar privilegiado, donde se juntaban turcas, griegas, circasianas, georgianas, abisinias y otras.

Cuando hubieron comparecido todos los mercaderes, y el agente vió que la plaza entera estaba llena de la muchedumbre de agentes y compradores, levantóse con rapidez, subióse á una piedra ingente, y gritó:

—¡A todos vosotros me dirijo, mercaderes y hombres opulentos en toda suerte de bienes y riquezas! ¡Sabed que no toda cosa redonda es nuez, ni todo lo prolongado banana, ni todo lo rojo manjar de carne, ni lo blanco manteca, ni lo dorado vino, ni lo moreno dáttil! Oh, mercaderes, los más ilustres entre los mercaderes de Basora y de Bagdad, presento hoy á vuestra atención una perla única y nobilísima, cuyo valor,

si lo estimásemos convenientemente, superaría á todas las riquezas acumuladas. Proponed, pues, vosotros mismos el precio que debemos pregonar para dar comienzo á la venta. Pero ante todo venid á contemplarla con vuestros propios ojos.

Y arrastrándoles á todos, hizo que contemplaran á Dulce-Amiga; y ellos acordaron que se abriese la venta pregonándose el precio de cuatro mil dinares.

Gritó el agente en seguida:

—¡En cuatro mil dinares vendo la flor de las esclavas blancas!

Precisamente en aquella ocasión, el visir ben Sauí pasaba á caballo por el mercado de esclavas, y vió á Ali-Nur de pie al lado del agente, y al agente que estaba pregonando un precio. Y pensó en la reconditez de su ánimo:

—El bribón de Ali-Nur está seguramente vendiendo al último de sus esclavos, agotados ya los muebles más indispensables.

Mas no tardó en oír que se trataba

del precio de una esclava blanca, y se dijo:

—Parece que Ali-Nur vende á su adorada esclava, la joven de famosa belleza; su fortuna ya estará por completo aniquilada. Si así fuese, bañaría mi corazón en las delicias tan halagüeña perspectiva.

Llamó entonces ben-Sauí al agente, y este corrió á su presencia con toda puntualidad, pues le había reconocido; y besó el suelo delante de él.

—Quiero adquirir la esclava que estás pregonando. Condúcela ante mis ojos con suma diligencia; quiero verla.

Y el agente, que no podía excusar la obediencia á una orden del visir, apresuróse á acompañar á Dulce-Amiga á la presencia de ben-Sauí, y levantó el velo de la esclava.

Ben-Sauí al contemplar una faz de hermosura tan prodigiosa, y perfecciones tan peregrinas, asombróse desmesuradamente, y preguntó:

—¿Qué precio ha alcanzado?

—Cuatro mil quinientos dinares.

—Muy bien—dijo el visir;—yo la acepto, y daré esta suma por la esclava.

Y al manifestar su decisión, miraba fijamente á todos los mercaderes. Estos no osaron ofrecer un precio superior; el visir, seguramente hubiese tomado ruda venganza del que á ello se atreviese.

—¿Qué es esto, agente?—preguntó el visir.—¿A qué permanecer inmóvil? Sé diligente, puesto que adquiero la esclava en cuatro mil dinares, y aún te regalo quinientos dinares por tu trabajo.

El agente, sin saber qué responder, se fué muy cabizbajo hacia Ali-Nur, que estaba algo lejos, y le dijo:

—¡Señor, grande malaventura es esta! La esclava se desliza de nuestras manos, evaluada en un precio menguado é irrisorio. Y, como ves perfectamente desde este lugar, la adquiere el funesto visir ben-Sauí, enemigo de tu difunto padre, quien seguramente adivinó que vendíamos una esclava tuya, y no consintió que su legítimo precio se formulase

en razonables posturas. Apodérase de ella por la mísera cantidad de cuatro mil dinares. Y pudiéramos reputarnos bienaventurados si pagase la suma al contado, inmediatamente; tal vez nos consoláramos un poco, y de todas maneras podríamos dar gracias á Alah, por su favor. Pero bien sé que éste visir de perdición es hombre á quien cuesta lo indecible desprenderse de un óbolo; conózcole de hartos años, y he aprendido de memoria sus cautelas y perversidades. A buen seguro que en lo íntimo de su maldad habrá imaginado lo siguiente: escribiráte una carta de crédito dirigida á uno de sus agentes, al cual enviará orden de que nada te pague; el agente, cada vez que quieras hacer efectivo el cobro, te dirá:—Vuelve mañana;—y este mañana no llegará jamás; tú te fatigarás y aburrirás de tal suerte, que acabarás por admitir un arreglo que evite las dilaciones, y le entregarás el papel firmado por el visir, y en aquel instante, el agente, rasgará la carta de crédito, y tú

habrás perdido, irremediablemente, el precio de tu esclava.

Ardió Ali-Nur en ciego enojo al oír tales palabras, y dijo al agente:

—¿Qué debo hacer? Aconséjame.

—Voy á indicarte el camino que me parece más indicado para salir del negro atolladero. Yo, Ali-Nur, voy ahora al lugar central del mercado para llevarme á Dulce-Amiga. Tú te precipitas entonces en pos de mí, y me arrancas la esclava, diciéndole: —¡Desdichada! ¿A dónde vés? ¿No sabes que al traerte aquí me limité á cumplir un juramento, según el cual debía yo venderte en el mercado de las esclavas, para humillarte y corregir el mal carácter con que perturbas nuestro hogar?—Luego, la das unos golpes, y te apoderas de ella, y todo el mundo, incluso el visir, creerá que lo de haber llevado la esclava á la venta para cumplir un juramento, es pura y acendradísima verdad.

—Esta es, en verdad, la mejor idea—asintió Ali-Nur.

Partió el agente, encaminándose

al centro del mercado, tomó á la esclava de la mano, condújola ante el visir El Mohin ben-Sani, y dijo á éste:

—Señor; el propietario de la esclava es aquel joven que permanece distanciado de nosotros. Mas ya se acerca á toda prisa.

Y así fué: Ali-Nur llegóse al grupo, se apoderó violentamente de Dulce-Amiga, la dió un puñetazo y dijo á voces:

—¡Desdichada! Bien sabes que te conduje al mercado para cumplir un juramento. Vuelve á casa al instante, y desde hoy procura servirme con docilidad. No necesito el precio de tu venta imaginaria. Y aunque lo necesitara, vendería el último de mis muebles y cuanto poseo, para evitar la afrenta de llevarte seriamente al mercado.

—¡Caiga sobre tí el infortunio, loco!—exclamó el visir ben-Sauí. Estás hablando como si te quedase un mueble ú objetos cualesquiera para vender. Todos sabemos que no tienes ya ni un óbolo.

Y así diciendo, dió unos pasos, ansiando caer sobre él, impetuosamente.

Los mercaderes y agentes dirigieron una mirada de angustia á Ali-Nur, á quien todos conocían y amaban; y cuyo padre fué para todos ellos bonísimo y eficaz protector.

—Acabáis de oír las palabras insolentes de éste hombre,—les dijo Ali-Nur.—Sed testigos de cuanto ocurre.

—¡Oh, mercaderes!—dijo el visir por su parte,—en consideración á vuestra presencia, no mato de una vez á este desalmado!

Pero los mercaderes se contemplaron unos á otros disimuladamente y se hicieron señas con los ojos, como diciendo «Apoyemos á Ali-Nur,» y en alta voz expresaron:

—¡Arregláos los dos como gustáreis!

Y Ali-Nur cuya naturaleza era indómita y bravia, lanzóse á la brida del caballo del visir, cogió al visir por un brazo, arrancóle de la silla y le arrojó al suelo; púsole una rodilla sobre el pecho, y le



... Púsole una rodilla sobre el pecho...

cubrió de puñetazos la cabeza, el vientre y todo el cuerpo, escupiéndole á la cara y diciéndole:

—Perro, hijo de perro, mal nacido; maldito sean los tuyos, pasados y presentes, agobio y podredumbre de la tierra.

Y finalmente, dióle un puñetazo muy fuerte en la mandíbula, rompiéndole algunos dientes; y corrió la sangre por la barba del visir, hundido á la sazón en un lodazal abyecto.

Los diez esclavos que acompañaban al visir, pasado el primer instante de estupor, quisieron acometer á Ali-Nur con las espadas desnudas, sedientos de despedazarle y exterminarle.

Pero toda la muchedumbre de agentes y mercaderes se lo impidió, gritando:

—¿Qué es esto, sándios? Cierto que vuestro dueño es visir; pero, ¿no sabéis que su enemigo es hijo de un visir? ¿No teméis, imprudentes, que luego se reconcilien y seáis vosotros quienes paguéis las consecuencias de su antiguo rencor?

Oídas estas palabras, los esclavos juzgaron que lo más prudente era abstenerse.

Mas como Ali-Nur, cansado de golpear á su adversario, hubiese abandonado al visir, éste pudo enderezarse, cubierto de lodo, de sangre y de polvo, y seguido por la mirada de la muchedumbre, que distaba mucho de compadecerle, se dirigió al palacio del Sultán. Ali-Nur, entretanto, tomó á Dulce-Amiga de la mano, y aclamado por la multitud, se encaminó á su casa.

Cuando el visir llegó al palacio del Rey Mohamed ben-Soleiman El Zeini, derrotado y deshecho, se detuvo al pie del palacio clamando:

—¡Oh, Rey! ¡A tí clama una víctima oprimida!

Y el Rey ordenó que le condujesen el hombre á su presencia, y contemplóle, y vió que se trataba de su visir El Mokin ben-Sauí. Y paralizado por el asombro, le preguntó:

—¿Quién ha osado cometer sobre tu persona actos de semejante atrocidad?

Y el visir se echó á llorar y recitó estos versos:

¿Es posible que me vea
víctima de azar cruel
mientras vives? ¿que abatido
mi cuerpo sea tal vez,
presa de canes rabiosos
á pesar de tu sostén?
A todo sediento apagas
la tortura de la sed,
que es tu caudal abundante;
solo yo he de perecer,
larga nube bienhechora
que no atiendes á mi prez.

—¡Señor!—añadió el visir,—¿ésta ha de ser la suerte de los esclavos que te aman y sirven con apasionada fidelidad? ¿De este modo consientes que se cometan contra ellos las peores infamias?

—¿Quién te ha ultrajado?—preguntó el Rey.

—Rey poderoso—contestó el visir:—sabe que esta mañana salí á dar una vuelta hacia el mercado de las esclavas, llevado por el deseo de comprar alguna esclava cocinera, que supiese aderezar y guisar los platos que mi cocinera actual quema de un modo invariable, y ví en el mercado

á una esclava muy joven, la más bella que en mi vida contemplé. Y el agente á quien interrogaba, me respondió: «Estoy seguro de que pertenece al joven Ali-Nur, hijo del difunto visir Kacan.» Pues bien, soberano señor, conviene que hagas memoria de unos diez mil dinares que entregaste al visir Fadleddin-ben-Kacan para que te comprase una esclava adornada de todo género de excelencias; el visir Kacan no tardó en hallar y comprar á la esclava, pero reputándola maravillosa y experimentando halago indecible en su contemplación, la regaló á su hijo Ali-Nur; á la muerte del visir, Ali-Nur se entregó á todo género de locuras y derroches, y tal fué su desenfreno, que al fin se vió obligado á vender sus propiedades, sus bienes, y aun sus muebles, y al verse sin un óbolo, condujo á la esclava al mercado para venderla, y la entregó al agente, y éste la pregonó en seguida, y los mercaderes, sin darse tregua, aumentaron sus posturas hasta que el precio de la

esclava subió á cuatro mil dinares. Yo vi entonces á la esclava y resolví comprarla con destino á mi soberano el Sultán, que habia entregado la primera suma para obtenerla; llamé al agente y le dije: «Voy á darte, hijo mío, los cuatro mil dinares.» Mas el agente me mostró al propietario de la tierna esclava, y éste, al verme, se vino corriendo como un loco grosero, y me dijo: «Cabeza de crápula y maldita, cheique de perdición y de calamidad, preferiría venderla á un judío ó á un cristiano antes que entregártela, aunque llenare de oro el velo generoso que la cubre.» Yo respondí: «Oh, joven, sabe que no la adquiero para mí, sino para el invicto Sultán, señor y bienhechor de todos nosotros.» Y él, en vez de ceder al escuchar tales palabras, enfurecióse más y más, lanzóse á la brida de mi caballo, agarróme por una pierna, y me arrebató y me echó al suelo; y luego, sin tener en cuenta mi edad avanzada, sin respetar mis cabellos blancos, em-

pezó á prodigarme golpes é injurias de mil maneras, hasta ponerme en el estado deplorable en que me ves ahora ¡oh, justísimo Rey! ¡Y ocurrióme tanta desventura solamente por haber procurado el solaz de mi Rey, y la compra de una esclava que legitimamente le pertenecía, y era digna de su cama!

Dicho esto, el visir se arrojó á las plantas del Rey, se echó á llorar é imploró justicia.

El Rey, viéndole y oyéndole, habia entrado un una cólera tal que el ardor le hizo brotar un río de sudor de la frente; y volviéndose á los que montaban la guardia, emires y grandes del reino, les hizo una señal. Inmediatamente cuarenta guardias montados, armados con largas espadas desnudas, comparecieron á su presencia, y aguardaron inmóviles su mandato. Dijoles el sultán:

—Id sin tardanza á la casa de mi difunto visir El-Fadl ben-Kacan; saqueadla, destruidla completamente; apoderáos del criminal Ali-

Nur y su esclava, atadles de brazos y arrastradles en el fango tirándoles de los pies, y conducidlos ante mi trono.

Y los cuarenta guardias oyeron y obedecieron, y se encaminaron inmediatamente á casa de Ali-Nur.

En el palacio de Mohamed ben-Soleiman El-Zeini, moraba un chambelán, llamado Sanjar, que fué primeramente mameluco del difunto visir Ben-Kacan, y, por haberse educado al lado de Ali-Nur, miraba á éste con desusado amor. Quiso la suerte que Sanjar se encontrase en presencia del Sultán cuando llegó el visir Sauí, y cuando formuló Mohamed ben-Soleiman El-Zeini su orden implacable. Corrió Sanjar precipitadamente, y buscando atajos fué á casa de Ali-Nur, quien, oyendo que llamaban repetidamente á su puerta, salió en persona á abrir.

Al reconocer Ali-Nur á su amigo Sanjar, quiso saludarle y abrazarle. Pero Sanjar, sin permitirlo, dijo:

—Amado señor, no estamos en momento oportuno para cambiar pa-

labras afectuosas y fórmulas complicadas de salutación, porque, como dice el poeta:

¡Alce tu espíritu el vuelo
si temes la tiranía
y la negra esclavitud!
Vuela, y deja que en seguida
á los que erigieron casas
les caiga la casa encima.

Tú hallarás otros países;
la tierra de Aláh es muy vasta
pero en los ámbitos nunca
hallarías otra alma.

—¿Qué es lo que vienes á anunciarme, amigo Sanjar?—preguntó Ali-Nur.

—Levántate y huye, y salva á Dulce-Amiga—respondió Sanjar.—El-Mohir ben-Sauí, acaba de tenderos una red perniciosísima. El Sultán incitado por él, envía á esta casa cuarenta guardias con las espadas desnudas. No vaciléis en seguir mi consejo; huid antes que os alcance el desastre.

Rápidamente Sanjar tendió un puñado de oro á Ali-Nur, añadiendo:

—Señor, he aquí cuarenta dinares que pueden serte provechosos en

esta ocasión; ruégote que perdones mi escasez; yo fuera liberalísimo si mi fortuna igualara á mis deseos de servirte. Pero no malgastemos los instantes. ¡Levántate y huye!

Alí-Nur se apresuró á llamar á Dulce-Amiga; envolvióse ésta en su velo, y salieron los dos de la casa. No tardaron en llegar, con la ayuda de Aláh, á las riberas del mar. Como viesan un navío que precisamente iba á partir, y se disponía ya á desplegar las velas, aproximáronse allí y divisaron al capitán que estaba de pie en el centro del navío, gritando:

—¡El que no dió fin á los adioses, remátelos ya; el que no hizo sus provisiones, acabe de surtirse; el que olvidó algún objeto, corra en su busca echando los bofes, pues vamos á partir!

Respondieron todos los viajeros:

—Nada nos falta, capitán; estamos provistos y preparados.

El capitán gritó á sus hombres:

—¡Ea, desplegad las velas y quitad las amarras!

En aquel instante Alí-Nur preguntó al capitán:

—¿Para donde salís?

—Para Bagdad, albergue de bienaventuranza.

—¡Aguardad!—esclamó Alí-Nur.—

Nosotros vamos también allá.

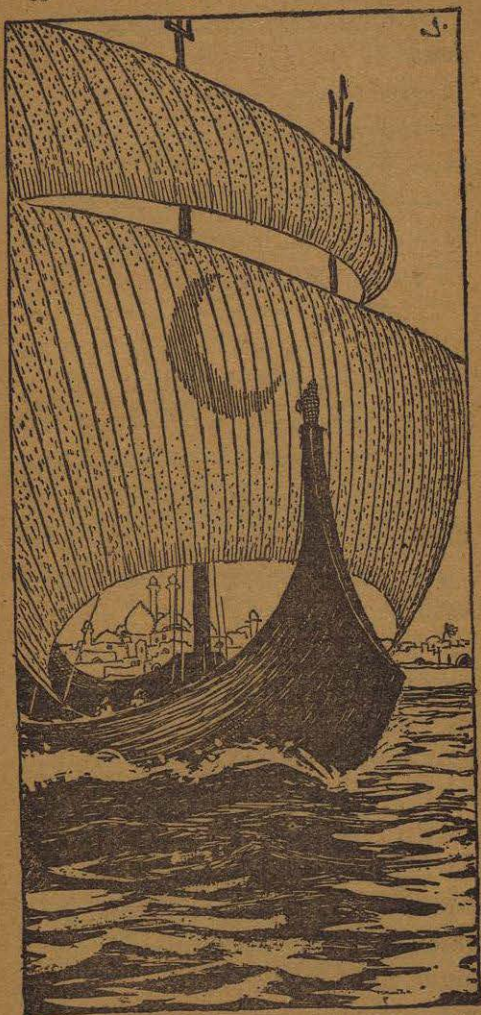
Y recitó estos versos:

Mira el hermoso navío;
corre el viento al lado de él,
y en la insensata carrera
no sé cual ha de vencer.

La nave parece un ave
con las alas desplegadas;
lanzóse del cielo al mar
y juega sobre las aguas.

La nave favorecida por un viento próspero, se puso en marcha llevándose á todos los viajeros. Salváronse pues Alí-Nur y Dulce-Amiga de las iras del visir.

En cuanto á los guardias que llevaban la orden de apoderarse de Alí-Nur, llegaron á la mansión del hijo del visir, invadiéronla por todas partes, quebraron las puertas, precipitáronse en el interior y multiplicaron toda clase de pesquisas. Con todo, á nadie encontraron.



La nave favorecida por un viento próspero, se...

Ocupáronse en hollar y destruir la casa con loco frenesí, y volvieron á la presencia del sultán, para darle cuenta de sus investigaciones infructuosas.

—¡Buscadles por todas partes, sin olvidar el menor escondrijo! ¡Revolved toda la ciudad!—ordenó el Sultán.

Ben-Sauí compareció en aquel momento. Llamóle el Sultán, y para consolarle le regaló un hermoso vestido de gala, diciéndole:

—Yo cuidaré de tu venganza hasta el fin, sin abandonarla á otras manos. Te lo prometo.

El visir le deseó larga vida, é inalterable bienaventuranza.


Determinó el Sultán que sus pregoneros públicos esparciesen á voz en grito por toda la ciudad el siguiente anuncio:

«Si alguno de vosotros, oh moradores de esta ciudad, encuentra á Ali-Nur, hijo del difunto visir Ben-Kacan, apodérese de él y condúzcale ante los ojos del Sultán. Un hermoso vestido de gala y mil dinares recompensarán la obediencia del que

tal hiciere. Más si alguno habiéndole visto le ocultara, aguarde ejemplarísimo castigo.»

A pesar de todas las pesquisas, nada se supo de Ali-Nur. Esto es lo que llevaron á cabo el Sultán y sus guardias.




 LI-NUR y Dulce-Amiga en tanto llegaron á Bagdad. —¡He aquí—dijo el capitán—la famosa ciudad de Bagdad, albergue de las delicias! ¡Este es el próspero recinto que ignora el rigor de las borrascas y los inviernos, la sultana que vive á la sombra de los rosales, acariciada por el tibio aliento de la primavera, rodeada de flores, de vergeles, y del ruido melodioso de las aguas!

Ali-Nur dió las gracias al capitán por sus bondades durante el viaje, le entregó cinco dinares de oro en pago de su pasaje y el de Dulce-Amiga, y abandonó el navio para entrar en Bagdad seguido de su esposa.

Quiso el destino que Ali-Nur, en